

*Imagen peninsular de la identidad cultural indiana **

Daisy Rípodas Ardanaz

El reconocimiento de la identidad cultural de América por parte de España se produce cuando aún formaba parte de sus dominios, muy presumiblemente antes de cerrarse el Quinientos. No es desde luego posible precisar una fecha, ya que se trata de un proceso de una índole tal que requiere una maduración paulatina.

Una cosa es, empero, segura: el reconocimiento de dicha identidad hubo de estar precedido de un conocimiento, de la formación de una imagen de América que, comparada con la vigente por entonces respecto de la propia Península, ofreciera diferencias lo bastante acusadas como para generar la convicción de que se estaba ante una identidad cultural distinta.

Conviene, pues, formularse una doble pregunta: ¿con qué tipo de fuentes contaban entre los siglos XVI y XVIII los españoles que no habían salido de la Península para el conocimiento de la realidad indiana?, ¿qué noticias les proporcionaban sobre esa realidad?

El número y la riqueza de las fuentes de información posibles dependían en buena medida del ámbito sociocultural en que se hallaba inserto cada uno. Todos, sin distinción de *status* -y, en especial, quienes vivían en Madrid, Cádiz, Sevilla y otros centros urbanos-, tenían ocasión de conocer y aun de tratar a peninsulares que habían estado en las Indias o a criollos que residían temporariamente en la Metrópoli. Una gran mayoría, dada la notoria afición de los españoles al teatro, tenía oportunidad de asistir a la representación de comedias y entremeses, de sainetes y tonadillas, en los que más de una vez aparecían, en papeles protagónicos o secundarios y con la estilización propia del teatro, hombres vinculados a América. Algunos -capaces de leerlas o no- recibían cartas de Indias, enviadas por familiares y amigos. No pocas personas alfabetizadas se encontraban en sus lecturas piadosas con referencias amplias o tangenciales sobre América, en relación con imágenes marianas originales del Nuevo Mundo, como la de Copacabana y la de Guadalupe de México, o con hombres y mujeres que habían alcanzado la santidad con su accionar en aquél. Un círculo más estrecho de personas cultas leía, además, obras de cronistas, historiadores, literatos y viajeros dedicadas total o parcialmente a temas indianos. Por fin, un grupo reducido de magistrados que manejaban en la Metrópoli la *res indiana* -

(*) Ponencia presentada en el Simposio "Las Humanidades y la Ciencia. Visión Actual y prospectiva", realizado en la Universidad del Salvador del 28 al 31 de octubre de 1996, en el marco de las celebraciones del 40º aniversario.

miembros del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación- tenían acceso directo a una amplia información de carácter burocrático, contenida en documentos de trámite, memorias de gobernantes civiles y dignatarios eclesiásticos, peticiones de Cabildos y particulares, registros de navíos, etc.

La información estaba, pues, al alcance de todos, transmitida, bien de viva voz, por los que llegaban de Indias o por los cómicos desde el escenario; bien sobre el papel, en cartas que a veces debían ser leídas a sus analfabetos destinatarios. Los libros y otra clase de papeles quedaban para las gentes alfabetizadas, que se ubicaban en un ancho espectro cultural. Existía, de todos modos, otra manera menos abarcadora pero más inmediata de informarse: la observación directa de las personas y cosas venidas de Indias.

Las noticias adquiridas por vía oral o escrita resultaban insustituibles acerca del territorio novomundano, su grandeza y feracidad.

Un dato repetido a lo largo de los siglos es el de la latitud, a menudo agresiva, de América, donde todo es a gran escala: distancias enormes y despobladas; montañas fragosas, con grandes precipicios; ríos caudalosos, con crecidas devastadoras; tempestades imponentes, pródigas en rayos; terremotos, maremotos, erupciones volcánicas... Inclusive las obras del hombre participan de esta magnitud: en las ciudades, las calles son tan amplias que, en el Setecientos, un chileno siente a Madrid una "mazmorra", sensación compartida por un joven peninsular que, hallándose de regreso, lo juzga "...un calabozo, por la anchura de América", no sin extender la apreciación a la casa madrileña donde vive, a la que califica de "mezquina y angustiosa".

La abundancia de América corre pareja con su latitud. Desde época temprana es proverbial su feracidad. En especial desde México -pero también desde algunos lugares del Perú- los labradores españoles que escriben a sus familiares se hacen lenguas de la bondad de la tierra: dos cosechas anuales, carne de vaca y de carnero casi de balde y otras circunstancias favorables a quienes trabajan con sus manos, permiten ganar en las Indias diez holgadas veces más que en la Península y llevan a que, por comparación, un vecino de Puebla llame a España "tierra sin promisión". Imagen de tierra de jauja que se completa, por lo alto, con las noticias sobre la plata y el oro, las perlas y las esmeraldas.

Por último, a través de las conversaciones y de los escritos, se sabía de la sociedad indiana, con sus criollos y peninsulares; con sus indios, a cuyas modalidades socio-culturales se habían dedicado tantas páginas; con sus negros esclavos, no desconocidos en España pero de lejos más numerosos en América; con sus muchos híbridos, fruto de la fusión de dos o tres sangres.

Nada reemplazaba, sin embargo, a la observación directa. Si se le escapaban el territorio, la naturaleza y la sociedad en su propia salsa -cosas que había que observar *in situ*-, entraban en su campo los hombres y las cosas que de América llegaban a la Península.

Las riquezas ocupan un lugar prominente. Tan hondo calan los metales preciosos indianos que, desde el Quinientos, la ruta entre Sevilla y Madrid, por donde son conducidos, se denomina "el camino de la plata". La flota, que a intervalos no del todo regulares transporta las riquezas del Nuevo Mundo, es esperada con ansiedad colectiva. Su arribo reactiva la vida económico-política. El Rey tiene metálico para saldar cuentas con sus acreedores y costear sus eventuales guerras; los grandes señores, para solventar sus deudas; los comerciantes pueden vender sus mercaderías y conseguir dinero a interés. Todos ven con alivio que se aleja el peligro de nuevos impuestos o "donativos" obligados y desaparece el riesgo de incautación de la plata labrada de los templos. Por eso, la espera de la flota -sobre todo cuando se demora- es una espera tan tensa, que se va aflojando a medida que se reciben noticias de su paso por Canarias y, luego, de que ha sido avistada por alguno de los "descubridores" que otean constatemente el mar desde los miradores gaditanos. Por eso, se celebran misas y hacen rogativas, por encargo del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación, para pedir un viaje sin borrascas ni ataques de enemigos. Por eso, a su feliz llegada, sin importar si es de día o de noche, se echan a vuelo las campanas de la Giralda y se organizan procesiones.

Mas no sólo interesaban los metales nobles, las perlas y las piedras preciosas. En otra esfera, producían deleite dos cosas indianas: el chocolate y el tabaco.

De varias regiones del Nuevo Mundo viene el chocolate, ya confeccionado en bollos o en tabletas, o el cacao, su ingrediente básico, para ser elaborado en la Península. Preparado por lo común con agua y azúcar y, a veces, con leche y yema de huevos, se lo bate largamente hasta obtener una generosa espuma. Se bebe a cualquier temperatura -de caliente a helado- y a cualquier hora. No falta quien lo toma hasta diez veces por día, entusiasmo que explica su venta callejera y su consumo aun dentro de las iglesias. Lanzado por su permanente presencia al centro de la escena, es objeto de valoraciones disímiles: mientras para unos es sano, por reputarlo alimenticio, confortante y rejuvenecedor, para otros es perjudicial porque -dicen- causa opilaciones, flatos e hidropesía. La inclinación general, sin aceptación de *status* ni de sexo, coincide de hecho con el juicio positivo: gustan de él los reyes, los ricos, los hombres de letras y estudiantes y, en un nivel inferior paralelo, los plebeyos, los pobres y los ignorantes. Ni siquiera su costo pone límites al consumo: si en los siglos XVI y XVII sólo está en las jícaras de las gentes de posibles, en el XVIII, pese a su alto precio, es saboreado por las verduleras y exigido por las criadas.

El tabaco, la otra estrella indiana, se utiliza en polvo o en hoja. Aquél, finamente molido, se absorbe por la nariz; éste, llamado también "de humo", se usa de dos maneras: en pipa, en cuya cazoleta se coloca y enciende, a fin de chupar el humo de suerte que penetre hasta el estómago y la cabeza, o en "tigarrillo", o sea bajo la forma de hojas enrolladas, cuyo extremo se enciende, de modo de beber tragos de humo. Como para el caso del chocolate, se dan valoraciones opuestas: los contrarios

invocan razones de higiene, pues el humo inficiona el aire; razones de salubridad, por acarrear romadizos, estragar el cerebro, consumir el estómago y las entrañas; razones de estética, ya que el hedor, las narices sucias y los dedos manchados anejos a su empleo lo convierten en un "deleite asqueroso"; por su lado, los partidarios esgrimen razones de higiene pues, acercado a la nariz, protege de los malos olores ambientales; razones de salubridad, por creer que descarga la cabeza y aviva los sentidos, es digestivo y ayuda a expeler las flemas, alarga la vida y retarda la vejez; y *-last, not least-*, por razones psicológicas, ya que lo consideran recreo en el trabajo y compañía en la soledad. Socialmente, el consumo del tabaco recorre el mismo camino que el del chocolate, pero en sentido contrario. Comienza por la gente vil y baja y va ascendiendo hasta las personas espectables: de esclavos y bebedores de taberna -que lo usan por juzgarlo antídoto contra la embriaguez-, pasa, en el ámbito laico, a señores y príncipes y, en el eclesiástico, a religiosos, clérigos y prelados, en todos los casos sin distinción de sexo, edad ni lugar de residencia. Sus devotos, que constituyen una suerte de cofradía, lo llevan consigo en tabaqueras, y lo ofrecen y piden mutuamente. No es fácil a ninguno abandonarlo: muchos se lo proponen en vano, a punto de que en la adicción parece haber pacto diabólico.

Junto al chocolate y al tabaco, *sidera majora* del firmamento indiano, brillan más tenuemente algunos *sidera minora* -papagayos y monos, resinas odoríficas y piedras bezoares- en los que no vamos a detenernos.

Si las riquezas provocaban apetencias y el binomio chocolate-tabaco proporcionaba placer, los hombres venidos de Indias despertaban curiosidad por haber nacido o, al menos, estado en un mundo tan distinto. Aunque pasaban a la Metrópoli algunos indígenas y negros criollos que acompañaban a sus amos, por lo común la observación se centraba en los blancos. En España, los ven o los presumen ricos. Sus riquezas les entran por los ojos, ya que no falta emigrante que regresa a su pueblo precedido por varias cargas de plata. Si peninsulares, los suponen ricos por parecerles normal que los funcionarios, togados, dignatarios eclesiásticos o comerciantes hayan acumulado plata en el desempeño de sus importantes empleos o en el ejercicio del comercio, que se sabía siempre productivo y, en particular, en tiempos de guerra. Si criollos, igualmente los suponen ricos porque suelen venir para lograr sus pretensiones -y, con menor frecuencia, para completar estudios-, ya con recursos en metálico, ya con un capital en especies que varía según su patria, pues los de Caracas lo traen en cacao, los de Guayaquil en quina, los del Río de la Plata en cueros.

Los menos se muestran ostentosos, dueños de magníficas casas con mesa abierta a muchos, costeadores de fiestas públicas, propensos a gratificar desmedidamente a quienes los sirven. Buscan dar lustre a su nombre o llevar a buen puerto sus pretensiones, cuando no ambas cosas. Sin embargo, los más se muestran prudentes. Los peninsulares que han servido destinos de cuño Real, así para no ser blanco de habladurías como para que el Monarca no les pida cuentas de su gestión; los demás,

porque se comportan con la parsimonia propia de quienes para tener han pasado "muchos peligros y trabajos en tantos mares y tierras". Los criollos -especialmente los jóvenes, a algunos de los cuales les gustaría gastar-, porque están lejos de sus casas y a menudo tardan en llegarles las suspiradas remesas de su familia. Sea de ello lo que fuere, este habitual talante moderado en el manejo del dinero desagrada en la Metrópoli a quienes los tienen por ricos, porque lo juzgan mezquindad.

Por añadidura, se los tacha de mentirosos. Es probable que cuando hablaban con encarecimiento de la latitud, la feracidad y las riquezas de las Indias, aunque en rigor no mintieran, quizás exageraban como reacción ante una realidad peninsular que -según hemos recordado- se les antojaba despreciable a fuer de diminuta. Y, que cuando se trataba de sus propias pretensiones, acaso mintieran, conscientes de que para obtener algo había que guardar las apariencias, convenía "más aparentar riqueza que pobreza, pues a todos abre los ojos el metal".

Del concepto de mentirosos dimana el considerarlos, en la práctica, poco confiables, opinión que se refuerza, en el caso de los criollos, por su tendencia al aislamiento. No pocos experimentaban en la Corte el "desvalimiento de forasteros" y aun algunos el menosprecio de ser llamados "chichimecos", lo cual en boca de los denigrantes equivalía a indios incivilizados y antropófagos. No era, por cierto, de extrañar que, al margen de sus relaciones, a veces muy cordiales, con los peninsulares, procuraran fabricarse su propio mundo y se movieran de preferencia en él: de puertas adentro, casas, atendidas a veces por criados indios o negros de su confianza a los que los unían lazos afectuosos; de puertas afuera, cofradías fundadas por ellos bajo el patrocinio de Vírgenes indianas con la finalidad del culto en común y la asistencia mutua, como la de Nuestra Señora de Copacabana en el Seiscientos y la de Nuestra Señora de Guadalupe en el Setecientos.

La malquerencia del entorno metropolitano, en buena parte nacida de las riquezas y mentiras -reales o supuestas- de los que vienen del Nuevo Mundo, impulsa a la desmitificación de las Indias, perseguida de más de una manera. En materia de riquezas alcanzadas por los peninsulares, ya se las admite, con salvedad de que en América hay mayores riquezas pero son menores las comodidades y el trato social; ya se las disminuye, con la observación de que sólo vuelven quienes las han logrado o de que muchos vuelven pobres; ya se degrada el modo de su consecución, con el reparo de que provienen de proceder poco honestos o de trabajos harto humildes. En materia de aptitudes personales, si eventualmente los criollos son de un candor tal que raya en la tontería, no se deja de señalarlo; pero, si son de mucha capacidad, se procura minimizarla.

¿Por qué esta malquerencia? Porque, desde el "nosotros" peninsular, los que vienen de Indias, por haber nacido o vivido un tiempo en ellas constituyen el "otro", al que -de más está aclararlo- en cuanto "otro" se le reconoce una identidad propia. El juicio estampado en 1617 por un gran maldiciente -el doctor Cristóbal Suárez de

Figuroa, en su obra *El Pasajero*- es sobremanera revelador:

“Cuanto viene de allá -asegura- es muy **diferente** y aun **opuesto** de lo que en España poseemos y gozamos. Pues los hombres, (...) ¡qué inciertos de crédito y fe, cuán rendidos al interés, al ahorro! ¡Qué mal se avienen con los de acá, observando **diversas** acciones, profesando **diferentes** costumbres, (...) siempre retirados y montaraces! (...) Según se afirma generalmente, los buenos se estragan en pisando aquellos confines”.

En suma, contemplada desde la perspectiva metropolitana, América se presenta, a través de diversas noticias, como un territorio inmenso y de extraordinaria abundancia, y, a través de los datos de observación directa, tanto como privilegiada cuna de metales preciosos y del chocolate y el tabaco, cuanto como lugar de donde vienen hombres que han nacido o vivido en ella, y que son ricos, por lo común mezquinos, mentirosos y poco confiables, aunque solidarios entre sí.

A esta imagen debe agregarse algo significativo desde nuestra óptica: en la mayoría de los casos se unifica la mención de quienes han nacido o solamente residido en Indias y se los abraza -dato que hemos omitido deliberadamente hasta ahora- con el término común de “indianos”. Indianos son, pues, así los criollos, o sea los naturales de las Indias pero no originarios de ellas, como los peninsulares que, habiendo permanecido un tiempo en las Indias, se encuentran en España.

Ingrediente vital de la imagen de los hombres y cosas de América vigente en la Metrópoli en los siglos coloniales es, pues, su capacidad de imprimir carácter: una temporada de residencia en América hace que un peninsular sea “indiano” y conserve toda su vida esa señal indeleble. ¿Se puede, acaso, pedir un más acabado reconocimiento de la identidad cultural indiana?

BIBLIOGRAFIA

Las páginas antecedentes se han elaborado sobre la base de los siguientes estudios:

- MARILUZ URQUIJO, José M. “El indiano en la Corte: la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe”, en MARILUZ URQUIJO, José M., OMACINI, Elena y RIPODAS ARDANAZ, Daisy. *Tres estudios novohispanos*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1983, pp. 9-44.
- RIPODAS ARDANAZ, Daisy. “Influencia del teatro menor español de los Siglos XVI y XVII sobre la imagen peninsular de lo indiano”, en *Lo indiano en el teatro menor español de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Atlas, 1991, pp.LXX-LXXXV (BAE, v.301).
- RIPODAS ARDANAZ, Daisy. “Presencia de América en la España del Seiscientos: el culto a la Virgen de Copacabana”, en *Páginas sobre Hispanoamérica colonial*. Sociedad y Cultura N° 2, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1995, pp.47-78.